

menos reconocer ante la experiencia algo del inmenso bien que han producido en este país.

Los dos habían conservado gran deferencia para con esa mujer, tan dulce, tan santa, y su presencia en aquel pequeño salón, en el foco de la nueva ciudad, evidenciaba el amistoso ascendiente que Sceurette ejercían sobre ellos. Habían llegado hasta tolerar en aquel sitio la proximidad de Lucas, el adversario victorioso que, por otra parte y con toda discreción, evitaba mostrarse triunfante ante aquella violenta y dolorosa agonia del viejo mundo. Tampoco intervino esta vez, al oír á Hermelline negar con furor todo lo que él había creado, porque todo le había salido bien. Aquello era la postrer sublevación del principio de autoridad contra la liberación natural y social del hombre; era la tiranía bajo su otra forma, el Estado omnipotente junto á la omnipotente Iglesia, que ambos se habían disputado los pueblos, reservándose, por supuesto, coaligarse y unirse para volverlos á conquistar el día en que los viesan á punto de eximirse de la servidumbre, tanto civil como religiosa.

—¡Ah!—exclamó de nuevo Hermelline.—Si usted se da por vencido, es que ya llegó el fin, y, como usted, no tendré más que callar y morir en mi rincón.

Otra vez el sacerdote movió la cabeza, sin salir de su doloroso silencio. Sin embargo, una última vez, declaró:

—Dios no puede ser vencido, y Dios es quien debe obrar.

Lentamente la noche se extendía sobre el Parque; el pequeño salón iba quedando sumido en creciente sombra; nadie habló más, y en aquella habitación se sintió como un gran escalofrío, salido, sin duda, del melancólico pasado. El preceptor se levantó para despedirse, y como también se levantase el sacerdote, Sceurette quiso ponerles directamente en la mano la cantidad que á cada uno de sus visitantes daba para los pobres. Pero él rechazó esta limosna, que venía aceptando desde hacía más de cuarenta años, y con voz lenta y baja, dijo:

—No, gracias, señorita; guarde ese dinero, yo no sabría qué hacer de él, pues ya no hay pobres.

¡Ah! Qué dicha para Lucas... ¡Ya no hay pobres! Ya no más pobres, ya no más hambrientos en ese Beauclair, que él había conocido tan obscuro, tan miserable, con su maldecida población de trabajadores, que se morían de necesidad. ¿Iban, pues, á sanarse todas aquellas horribles llagas, hijas del salariado; iban al fin á desaparecer con la miseria, el crimen y la ignominia? ¿Había bastado con que el trabajo fuese organizado según los principios de la justicia para que ya se notase más acertada repartición de la riqueza? Y cuando el trabajo fuese honra, salud y alegría, una nueva humanidad hecha de paz y fraternidad, al fin, ¿poblaría la ciudad dichosa?

Jordán, sobre el canapé, envuelto en su manta, no había hecho un movimiento, y seguía errando por los espacios infinitos en que vagaba, y se perdían sus miradas. Cuando Marle y Hermeline hubieron marchado, se despertó al fin. Y sin perder con la vista la puesta del astro, cuya paulatina desaparición parecía observar con apasionado interés, dijo como en un sueño:

—Cada vez que veo ponerse el sol, me siento sobrecogido por infinita tristeza y cruel inquietud. Si acaso ya no vuelve, si de nuevo no amanece para la negra y helada tierra, ¡qué terrible muerte para todo lo que es vida! Él es el padre, él es el fecundante, el engendrador, sin el cual se secarían ó se pudrirían los gérmenes. En él también debemos colocar nuestra esperanza de alivio y venidera dicha; pues si él no nos ayuda, la vida concluiría por agotarse.

Lucas se sonreía, y sabía que Jordán, á pesar de su edad avanzada, de unos setenta y cinco, que pronto cumpliría, se dedicaba, desde hacía varios años, á estudiar el árduo problema de apresar el calor solar y almacenarlo en amplios depósitos, desde los cuales los iría distribuyendo luego como la única, la grande, la eterna y viviente fuerza. El tiempo había de llegar en que faltaría el carbón en el fondo de las minas, y entonces, ¿de dónde se sacaría la energía necesaria, el torrente de electricidad, imprescindible ya para la existencia? Debido á sus primeros descubrimientos, había conseguido dar la fuerza eléctrica casi de balde. Pero, ¡qué triunfo si lograba convertir el sol

en motor universal; si sacaba de él directamente aquella potencia calorífica, que yace lenta y dormida en el carbón, y si llegaba á emplear el astro como único fecundador, como padre mismo de la inmortal vida! Ya no le quedaba más que este último descubrimiento por realizar, y después su obra habría terminado y él ya podría morir.

—No se apure usted—dijo Lucas alegremente;—el sol saldrá mañana, y acabará usted de arrebatarme el fuego sagrado, la divina llama trabajadora, incansable y eterna creadora.

Securette, intranquila por causa del vientecillo de la tarde, cuyo fresco entraba por la ventana, preguntó á su hermano:

—¿No sientes frío? ¿Quieres que cierre?

Pero él dijo que no con el gesto, y sólo dejó que se le levantara la manta hasta la barba. Parecía no vivir más que de milagro, únicamente porque quería vivir y había aplazado la muerte para la noche de su último día de trabajo, noche triunfal, en que, concluida la labor y en pie la obra, podría dormir, al fin, con el buen sueño del obrero leal y satisfecho. Su hermana redoblaba con él las precauciones; prolongando con cuidados exquisitos aquella existencia, y proporcionándole todavía diariamente las dos horas de energía física é intelectual, de las que él, á fuerza de método, utilizaba más cada minuto de una manera maravillosa. Y aquel sér enclenque, muy viejo, y medio muerto, á quien la menor corriente de aire podía destruir, terminaba su tarea de conquistar y gobernar el mundo, simplemente, como un obrero testarudo que no se aviene con soltar el trabajo.

—Vivirá usted cien años—dijo Lucas con su afectuosa risa.

A su vez, Jordán, se alegró.

—No cabe duda, si es que cien años me son necesarios.

De nuevo reinó un profundo silencio en aquel pequeño salón, tan tiernamente íntimo. Ese lento y templado crepúsculo que se iba extendiendo por el Parque, cuyos caminos desaparecían envueltos en creciente sombra, todo aquello era delicioso. Todavía, como

en un sueño, se percibía alguna claridad que tenuemente rasaba los macizos y los cuadros de hierba, en tanto que en azulada lontananza, los grandes árboles se desvanecían cual visiones temblorosas y ligeras.

Era la hora de los enamorados, y el Parque de la Crèche les ofrecía entrada franca; así es que, tan pronto como acudía la tarde, acudían ellos después del trabajo y de los cotidianos quehaceres. Nadie se preocupaba de las errantes parejas, de las sombras entrelazadas, que poco á poco se fundían y desaparecían por el denso follaje. Quedaban entregados á la guardia y amistosa vigilancia de los viejos robles, con la seguridad de que el libre amor les haría ser buenos y castos, como futuros esposos que eran, cuyas caricias habían de ser indisolubles, si es que mutuamente habían sido deseados y queridos. Para siempre amar, no hay cosa mejor que conocer cómo y por qué se ama. Los que se han escogido á sabiendas y con consentimiento, ya no se separan. Y en tanto, por la sombría hierba y las obscuras avenidas, las parejas vagaban, y cual lentas apariciones, poblaban el creciente misterio de las tinieblas y se extendían sobre la tierra maternal, y como palpitante en medio de los frescos aromas de la primavera.

Llegaron más parejas. Lucas reconoció á algunas muchachas y muchachos que había visto por la mañana en los talleres. ¿No eran Adolfo Laboque y Germana Yvonnot, aquellas dos sombras errantes, tan estrechamente unidas, que iban como en un vuelo sobre las puntas de las hierbas? Aquellos otros dos, que apoyaban la cabeza en la cabeza, mezclando las cabelleras, ¿no eran Alejandro Feuillat y Clementina Bourron, cogidos por el talle como en eterno lazo? Y Lucas sintió una emoción más dulce cuando creyó reconocer á dos de los suyos, á su Carlos, que estrechaba contra su pecho á la morena Celina Lenfant, y á su hijo Julio, cuyo cuello enlazaba la rubia Claudina Bonnaire. Eran los mensajeros de la nueva primavera. Las últimas parejas nacidas al amor, la antorcha de la vida que las generaciones se pasaban de mano en mano. Estaban todavía en el casto temblor

de las primeras palabras, que balbuceaban entre caricias inocentes. Sus corazones, ignorantes, se buscaban, acercándose; un beso furtivo era dulzura que bastaba para abrirles el cielo. Pero pronto la llama soberana, la necesidad del hijo, los uniría, los confundiría, para que otros obreros de amor naciesen de ellos. Y seguían llegando parejas y parejas; el Parque se poblaba de todos los enamorados de la ciudad feliz; era la deliciosa velada de un buen día de trabajo; sobre el césped, por la espesura, como soñados, llenos de misterio y perfume, sólo se oía el leve ruido de las risas y los besos.

En aquel momento, delante del salón se detuvo una sombra. Era Susana, alarmada, que buscaba á Lucas para decirle sus temores. Boisgelin no había vuelto, y esta tardanza le atormentaba. Nunca había tardado tanto; ya era noche cerrada.

—Tenía usted razón; hice mal en abandonarle á su locura. ¡Desgraciado viejo infantil!

Lucas, temiendo también, la hizo volver á casa.

—Puede volver de un momento á otro, y lo mejor es que esté usted allí. Yo voy á hacer registrar los alrededores, y ya le llevaré noticias.

En seguida atravesó el Parque con otros dos hombres, para empezar á buscar por la parte de los talleres. Pero apenas había andado trescientos pasos, se encontró junto al pequeño lago, bajo los sauces, en un rincón de paraíso, cuando un ligero grito de terror que salió de próximo follaje, le detuvo bruscamente. Y vió salir de la espesura una pareja asustada de enamorados, en la que creyó reconocer á su hijo Julio y á la rubia Claudina Bonnaire.

—¿Qué pasa? ¿Qué tenéis?—les gritó.

No respondieron; huían ligeros como llevados por un viento de terror, cual aves en celo cuyas caricias turba algún mal encuentro. Después, para ver qué pasaba, penetró Lucas en el soto por el estrecho sendero que lo atravesaba, y él también lanzó un grito, pero de espanto. Había chocado casi contra un cuerpo, colgado de una rama que interceptaba el sendero con su negra masa. A la mortecina claridad del cielo,

donde ya aparecían estrellas, había reconocido á Boisgelin.

—¡Ah, desgraciado, pobre viejo chocho!—murmuró, como Susana conmovido, desesperado ante aquel drama atroz, que tanta pena iba á causar á su amiga.

Al punto, ayudado por sus dos hombres, descolgó al ahorcado y lo tendió en el suelo. Pero el cuerpo ya estaba frío.

El suicidio debía haber ocurrido en las primeras horas de la tarde, muy poco después de la carrera local del desgraciado á través de la fábrica. Notó al pie del árbol un gran agujero y comprendió que Boisgelin había debido de empeñarse primero en cavar con las manos, con las uñas, para ocultar y enterrar allí la prodigiosa fortuna que le ganaba su pueblo de trabajadores, toda la ciudad afanada, y que no podía administrar por sí mismo ni aun colocar en ningún sitio. En seguida, sin duda, sin esperanza de hacer el agujero bastante grande, temiendo no poder ocultar el colosal montón de su tesoro, había resuelto morir allí, bajo el monstruoso conflicto de un capital tan grande que su masa le aplastaba. Su locura llegaba á esta muerte trágica, no pudiendo vivir en la ciudad nueva de justo trabajo. En la tibia noche nupcial, el Parque se llenaba de un ligero contacto de caricias, del cuchicheo de voces amorosas.

Para no espantar á las parejas, cuyas sombras ligeras se deslizaban entre los árboles en torno de él, Lucas envió á sus dos hombres á buscar unas parihuelas á la Crécherie, encargándoles no decir nada á nadie. Cuando volvieron y fué acostado el cuerpo bajo las cortinillas de tela gris, el triste séquito se puso en marcha, por los senderos más oscuros para no ser vistos. La horrible muerte pasó muda, sumida en tinieblas, á través del delicioso despertar primaveral que temblaba con la nueva vida. Doquiera parecían nacer enamorados, surgían á la vuelta de cada calle de árboles, en cada mata, en el pulular de los gémenes que levantaban la tierra en un espasmo. Un perfume de flor embalsamaba el aire, las manos se buscaban, los labios se unían con el imperceptible ruido del botón que se abre. Y era el torrente de los

seres ensanchados con una ola nueva, la muerte venida sin cesar, el mañana brotando siempre, para más verdad, más justicia, más ventura. Susana esperaba delante de la puerta de la casa, llena de angustia, queriendo atravesar con los ojos las tinieblas. Al ver la parihuela comprendió y dejó escapar un sordo quejido. Lucas la enteró en pocas palabras de todo. Y ella, al evocar toda aquella existencia del hombre inútil, vacía, envenenada y envenenadora, que tanto la había hecho sufrir, repitió una vez más:

— ¡Ah, desgraciado, pobre viejo infantil!

Hubo otras catástrofes en la ruina fatal de la vieja sociedad podrida, condenada á desaparecer, pero la de más resonancia fué, al mes siguiente, el hundimiento de la techumbre de la antigua iglesia de San Vicente, en una clara mañana de sol, cuando el cura Marle estaba en el altar diciendo misa para los gorriones, que revoloteaban á través de la nave desierta.

Mucho tiempo hacía que el cura no ignoraba que el día menos pensado la iglesia se le vendría encima. Era del siglo diez y seis, muy estropeada, sutil, elegante, agrietada por todas partes. Pero los tejados, armaduras medio comidas ya, cedían; y nada se había hecho por falta de fondos. El Estado, agobiado por la deuda, abandonaba esta iglesia de un rincón olvidado. Beauclair se negaba á contribuir, pues el alcalde no quería nada con los curas. De modo que Marle, reducido á sus propios recursos, se puso en campaña personalmente. Pero fué en vano; los fieles ya eran muy pocos, el celo religioso se enfriaba. Mientras vivió Leonor menos mal; pero la señora Mazelle, último recurso, era poco generosa y su fervor declinaba. Perdió más tarde esta última feligresa, y sólo quedaban algunas mujeres del pueblo, muy pobres, cuya miseria se empeñaba en esperar una vida mejor. Y cuando ya no hubo pobres no quedó nadie en la iglesia, y el cura vivía en la soledad, en el abandono definitivo en que los hombres dejaban á su Dios de error y de miseria.

Marle sintió entonces que un mundo moría en torno de él. Sus complacencias no habían podido salvar á la falaz burguesía, roída por la iniquidad. Se refu-

gió entonces en la letra estricta del dogma, para no conceder nada á las verdades de la ciencia, que iban al supremo asalto vencedor del secular edificio católico. La ciencia había abierto brecha, desaparecía el dogma, el reino de Dios volvía á la tierra en nombre de la justicia triunfante. Una religión nueva, la del hombre consciente al fin, libre y dueño de su destino, barría las antiguas mitologías, los simbolismos en que se habían extraviado las ansiedades de su larga lucha contra la Naturaleza. Después de los templos de las antiguas idolatrías, la iglesia católica desaparecía á su vez, hoy que un pueblo de hermanos ponía su dicha cierta en la única fuerza viva, su solidaridad, sin necesitar de todo un sistema político de penas y recompensas. El confesionario y la santa mesa estaban desiertos, la nave sin fieles, y el sacerdote, al decir misa cada día, veía crecer las grietas de las paredes y oía más estallidos en la techumbre. El templo se desmigajaba sin cesar en un trabajo oculto de destrucción, de ruina próxima, y Marle notaba los menores ruidos precursores. Ya que no había podido traer albañiles, ni para las reparaciones urgentes, dejaba al trabajo de la muerte seguir su curso, llegar al fin natural de todo, y seguía diciendo misa, esperando, héroe de la fe, solo, con su Dios abandonado, bajo el techo que crugía sobre el altar.

Una mañana notó una inmensa grieta nueva, producida aquella noche en la bóveda de la nave. Y seguro del hundimiento esperado hacía meses, vino sin embargo á celebrar la última misa con sus más ricas vestiduras sacerdotales. Muy alto, muy fuerte, con su nariz aguileña, aún se mantenía tieso y firme á pesar de sus muchos años. Nadie le ayudaba á misa. Iba, venía, decía las palabras sacramentales, hacía los ademanes consagrados, como si una apretada multitud le viese dócil á su voz. Sobre las losas yacían las sillas rotas, solitarias, semejantes á esas sillas de jardín negras de moho, olvidadas por el invierno bajo la lluvia. Brotaban hierbas al pie de las columnas que se cubrían de musgo. Todos los vientos soplaban por los vidrios rotos, mientras la puerta principal, medio desquiciada también, dejaba libre la entrada á

los animales de la vecindad. Pero quien entraba triunfante aquel día era el sol, era la vida, que tomaba posesión de estas ruinas trágicas donde revoloteaban los pájaros, y las balluecas germinaban hasta en los mantos de las antiguas imágenes. Dominando el altar, un gran Cristo de madera pintada y dorada reinaba todavía, estiraba el cuerpo débil y dolorido de ajusticiado, salpicado de sangre negra cuyas gotas resbalaban como lágrimas.

Durante el Evangelio oyó un estallido más fuerte, polvo y pedazos de yeso cayeron sobre el altar. Después, al Ofertorio, el ruido volvióse desgarrador, siniestramente seco; pareció que el edificio oscilaba algunos segundos antes de aplastarse. Entonces el sacerdote, reuniendo las últimas fuerzas de su fe, al alzar, puso toda el alma en suplicar á Dios que hiciera el milagro, cuyo resplandor glorioso y salvador él esperaba hacía tanto tiempo. Si Dios quería, el templo iba á volver á su juventud vigorosa; los fuertes lares sostendrían la nave indestructible. Los albañiles no hacían falta, bastaba la Omnipotencia divina; renacería un magnífico santuario, con capillas de oro, vidrieras de púrpura, maderas maravillosas, mármoles brillantes, mientras un pueblo de fieles arrodillados cantaría el cántico de la resurrección, entre millares de cirios, al resonar de las campanas echadas al vuelo. ¡Oh Dios de soberanía y de eternidad, reconstituid con un ademán vuestra casa augusta, sólo vos podéis volver á levantarla, llenarla de vuestros adorados reconquistados, si no queréis ser aniquilado Vos mismo bajo sus escombros! Y en el momento en que el sacerdote levantaba el cáliz, no fué el milagro pedido lo que se produjo; fué el aniquilamiento. En pie estaba, ambos brazos levantados en soberbio ademán de creencia heroica, provocando á su soberano Señor á morir con él; se había llegado al fin del culto. Se abrió la bóveda como al golpe del rayo, se hundió el techado en un torbellino de cascote, con el rugido espantoso de un trueno. Sacudido, osciló el campanario, se desmoronó á su vez, acabando de aplastar la nave y arrastrando el resto de las paredes. Y no quedó nada bajo el claro sol más que un mon-

tón enorme de escombros, en el cual no se encontró siquiera el cuerpo de Marie, como si el polvo del altar aplastado se hubiera comido su carne y bebido su sangre. Y tampoco se encontró nada del gran Cristo de madera pintado y dorado, hecho polvo también. Una religión más había muerto; el último sacerdote diciendo la última misa en la última iglesia.

Durante algunos días se vió al viejo Hermeline, el antiguo profesor, que vagaba alrededor de los escombros, hablando en voz alta como hacen los muy viejos cuando una idea fija les acosa. No se distinguían bien sus palabras; parecía seguir discutiendo, echando en cara al pobre cura el no haber obtenido de su Dios el milagro necesario. Después, una mañana, se le encontró muerto en su lecho.

Más tarde, limpio aquello de escombros, se formó allí un jardín de hermosos árboles, calles sombrías á través de embalsamadas paredes. También allí vinieron amadores como iban en las noches placenteras al Parque de la Crèche. La Ciudad feliz seguía ensanchándose, los niños crecían, formaban nuevas parejas de amantes, cuyos besos en la sombra sembraban otros niños para las continuas cosechas futuras. Después del día alegre de trabajo, de cada mata subían rosas abiertas, y en este jardín religioso, donde dormía el polvo de una religión de miseria y de muerte, crecía ahora la alegría humana, la vida floreciente rebosando.

IV

Diez años todavía necesitó la ciudad para quedar fundada y organizarse dentro de la justicia y la paz. Y al fin de esos años, un 20 de Junio, vispera de una de las fiestas mayores del Trabajo, que se celebraban cada trimestre, en las cuatro estaciones, Bonnaire tuvo un encuentro.